



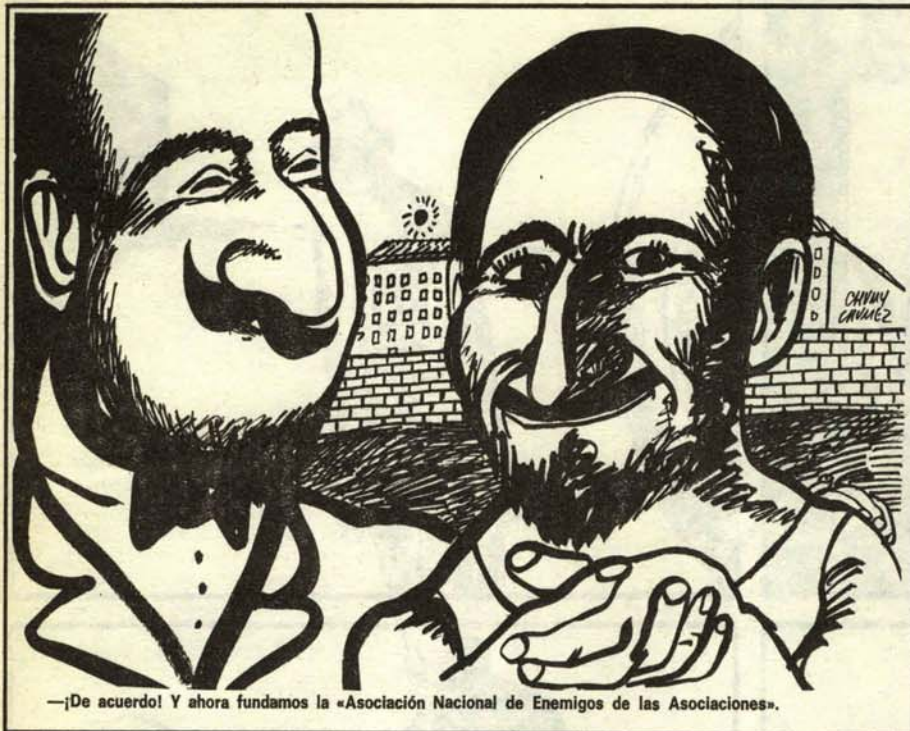
HERMANO SUELDO

Hermano sueldo (hermano humo, hermano casi nada) no ceso de pensar en lo que serías ahora si en lugar de nacer donde nacés nacieras en el Golfo Pérsico, en el desierto del Sahara o en el Kurdistan. Qué pena que no haya yacimientos de sueldos en los países árabes: ahora valdrían el doble, o más del doble. Lástima grande, hermano sueldo, que no seas de madera. Si fueses árbol de Finlandia o de Suecia o del Canadá, también te habrías duplicado. Como el papel. ¿Y si fueses un gas líquido? Valdrías de pronto el 300 por ciento, como el propano. Pero no eres nada, hermano sueldo. No eres materia prima, ni materia segunda, ni tercera. Naces, simplemente, del hombre. Naces de él y vuelves a él; pero en tu camino de bumerang te desgastas, te consumes en la atmósfera. En tu breve camino, te devoran las materias primas y los manipuladores de materias primas. Pasas por la lima del consumismo. Y regresas a mí, hermano sueldo, diminuto, sin relación al esfuerzo con que te di a luz. Apenas te reconozco como hijo de mi trabajo, como fruto de mi jornada.

Tu filosofía ha cambiado poco a lo largo de los siglos. Sigues siendo una cosa que se concede, que se otorga, que se da. Como si fuese por nada. Todavía leo que «se ha concedido un aumento de salario...». ¡Concedido! Como si te hiciesen un favor, como si la grandeza misericorde de aquellos que pueden hubiesen sido benévolos contigo. La palabra «salario» todavía recuerda un pasado de milenios en que a los esclavos se les pagaba en sal, para que pudieran subsistir. Los precios, en cambio, suben por sí solos. Nadie que compra dice que ha concedido un nuevo precio a la patata —hermana patata, dónde está tu humildad de antaño!—; nadie tiene que acceder bondadosamente a aumentar el precio del biberón o del viejo y querido morapio. El precio es orgulloso, vive por sí mismo, se impone; todo lo más, como el lobo hipócrita de los cuentos que enseña su patita disfrazada de harina por debajo de la puerta, se presenta como un reajuste. Y se come a los niños-sueldo, que nadie ha dejado todavía crecer lo suficiente como para defenderse.

Y si, hermano sueldo, el hombre que te genera decide exigirte, resulta ser un temible agente de la subversión, servidor de China o de Cuba. No te olvides, hermano sueldo, que has nacido de un puñado de sal regalado a un esclavo. Después de todo, en unos milenios has progresado mucho; ya eres una sopa de ajo. Sin demasiado ajo, claro. Y, ¡cuidado con el pan!

HERMANO FRANCISCO



—¡De acuerdo! Y ahora fundamos la «Asociación Nacional de Enemigos de las Asociaciones».

